El gato con botas.
Cierta vez, un viejo molinero reunió a sus tres hijos para repartir su fortuna:

-El molino es para el mayor; el burro, para el segundo, y para el menor..., el gato.

-¡Maldita herencia! —pensó el menor—. ¿Para qué sirve un gato? ¿Para estofado o para las brasas?

Como esto último lo pensó en voz alta, el gato, indignado, trepó hasta su cabeza y desde allí vociferó:

-¡Quiero unas botas nuevas, capa y sombrero con pluma! ¡Y los quiero ahora mismo! Luego sabrás para qué sirve este gato.

Al ver tanta decisión, el joven gastó sus monedas en cumplir con el pedido.
Al día siguiente, el gato con botas fue al bosque. Llenó una bolsa con ricas hierbas, se hizo el muerto y esperó a que un conejo inexperto cayera en su trampa.

En cuanto lo tuvo, marchó hacia el castillo del rey.

-Traigo este presente de parte de mi amo, el marqués de Carabás.
-Gracias –dijo el rey.

Después de tres meses de regalos, todos se preguntaban quién sería aquel marqués tan generoso y dueño de un gato parlante.

Al otro día cazó dos perdices:
-Traigo este presente de parte de mi amo, el marqués de Carabás.
-Gracias –dijo el rey.
Como era de esperar, llegó el día en que el rey y su hija decidieron ir en busca del marqués de Carabás.

-¡Este es el momento! —dijo el gato a su dueño—. Si me obedeces, serás rico.
-¿Qué tengo que hacer?
-Bañarte en el río.

Y al ver tanta decisión, el amo obedeció por segunda vez.

Cuando la caravana real estaba cerca, el gato escondió las ropas viejas y comenzó a gritar:

-¡Auxilio! El marqués de Carabás se ahoga.

El rey ordenó socorrerlo.
Con lágrimas en los ojos, el gato contó que unos ladrones se habían llevado las ropas del marqués.

El rey, conmovido, cubrió al joven con su capa, le obsequió un traje de príncipe y lo invitó a subir a su carruaje.

Muy contento porque sus planes marchaban, el gato se adelantó en el camino y habló así con los segadores de trigo:

—Hermanos, cuando el rey pregunte por el dueño de estas tierras, si no responden: “Son del marqués de Carabás”, los haré picadillo y los aplastaré como carne de budín.

Cuando poco más tarde el rey preguntó, los segadores dijeron:

—Son del marqués de Carabás.

Y, casualmente, lo mismo respondieron todos los campesinos que fueron hallando en el camino.
El rey ya pensaba que el marqués era un buen partido para su hija, y su hija pensaba qué buen mozo era el marqués. Mientras tanto, el gato llegaba al castillo del ogro, el verdadero dueño de las tierras.
Y el ogro, como toda respuesta, se convirtió en un león tan feroz que el gato sintió deseos de salir corriendo y olvidar para siempre esta historia.

—También me dijeron que tiene el poder de hacerse pequeño. No lo creo. ¿Cómo podría alguien tan grande como usted transformarse en ratón?

Apenas el ogro abrió la puerta, el gato —conteniendo el miedo que le provocaba— le dijo con falsa admiración:
—Me han dicho que usted es capaz de convertirse en toda clase de animales. Por ejemplo, en león...
Y no había terminado de decir "ratón" cuando el ogro ya andaba por el piso con su colita gris.

Y no había dado el ratón dos pasos, cuando el gato ya se lo había comido de un solo bocado.

En ese momento llegó el carruaje. El rey, su hija y el supuesto marqués descendieron y contemplaron, admirados, el enorme castillo.

-Vuestra Majestad, bienvenido al castillo del marqués de Carabás -dijo el gato con una reverencia.

El rey, al comprobar que ese educado joven era tan poderoso, y al advertir que su hija estaba enamorada de él, propuso realizar la boda cuanto antes.

El marqués, haciendo una reverencia, dijo que sí y se casó con la princesa.
Dicen que, desde aquel día, el gato con botas no tuvo necesidad de cazar ratones nunca más, y vivió él también como un verdadero marqués.